

blo mis deberes de médico, no dejaba de visitarle á menudo.

»Habíanle puesto en un patio pequeño y mostrábase alegre cada vez que su amo le hacía una visita, manifestando su satisfacción con ruidosos gritos. Durante el día le ponían al sol: gustábase entonces extender las alas y la cola; se echaba apoyado en el vientre, alargaba las patas y permanecía inmóvil así durante horas enteras, dando señales de la mayor satisfacción.

»Al cabo de un mes pudo tenerse en pié y comenzó á beber; con una pata sujetaba fuertemente la vasija que le daban; sumergía su pico en el agua, echaba vivamente la cabeza hácia atrás, lanzaba de su garganta una gran cantidad de líquido, y cerraba el pico despues. Bebia como los buitres y los avestruces, bastándole cuatro ó seis sorbos para apagar su sed.

»En aquel momento procuraba dar picotazos en las manos y los piés de cuantas personas le rodeaban; pero nunca hizo daño alguno á su amo. Al cabo de un mes le llevé á Murcia: tenia entonces todas sus plumas: las del collarin comenzaban á crecer; tenia la cola bien formada, pero no alcanzaba aun todo su largo. Le puse en una gran jaula, á la que se acostumbró fácilmente; pero en los dos primeros dias no comió ni bebió mas que agua: al cabo de este tiempo tuvo hambre, y aunque le di huesos y restos de gallina, no tocó nada. Entonces quise introducirle por fuerza un hueso en la garganta, y lo vomitó en seguida; hasta mucho despues no quiso comerlos. Tragaba con avidez la carne fresca de carnero y de vaca. Despues de haber comido la primera vez en su nueva jaula, echóse sobre la arena para descansar y calentarse al sol.

»Algunos dias le bastaron para llegar á conocerme como á su amo: me contestaba, acudía á mi llamamiento, y dejábase acariciar y coger por mí, mientras que erizaba su plumaje si se acercaba alguna persona desconocida. Parecia que profesaba un odio particular á los campesinos que llevaban el traje del país: cierto dia se precipitó gritando sobre un muchacho á quien habia dado yo el encargo de limpiar la jaula, obligándole á retirarse á fuerza de picotazos; otra vez desgarró la chaqueta y el pantalon de un labrador que entró en mi cuarto. Cuando se acercaban un gato ó un perro, erizaba sus plumas lanzando gritos de cólera; mas apenas oia mi voz, se aproximaba al enrejado y manifestaba su contento de diversos modos; pasaba el pico por las varillas y jugueteaba con mis dedos, sin hacerme nunca daño, aunque se los introdujera en la boca. Cuando le dejaba salir, manifestaba una gran alegría, y paseándose alrededor del patio, alisaba sus plumas, tratando de volar.

»De vez en cuando le limpiaba la extremidad de las penas, porque las ensuciaba continuamente. Al efecto, le introducía en un cubo y le regaba, baño que le era muy desagradable, pues cada vez que se repetía, agitábase como un furioso. No tardó en reconocer el cubo y temerle. Cuando su plumaje estaba seco, parecia hallarse mas á su gusto, y agradábase que le ayudasen á poner sus plumas en orden.

»Vivió así hasta fin de mayo: comía solo carne y huesos, mas no pájaros: le di palomas, gallinas, perdicés, patos, torcos y chovas, y no tocó jamás á ninguna de estas especies, por mucha hambre que tuviese. Si le introducía por fuerza carne de pájaros en el pico, con y sin las plumas, la vomitaba al momento; pero en cambio, devoraba la de toda especie de mamíferos: este ensayo, repetido varias veces, me dió siempre los mismos resultados.

»A fines de mayo proporcioné á mi favorito, pues ya lo era, un compañero de cautividad: un campesino me envió á decir que habia cazado un *águila real*, que tenia el ala rota,

y que me la vendería si deseaba comprarla. Yo rehusé porque me bastaba un ave de rapiña; pero el campesino volvió y me trajo la madre de mi gipaeto; preguntéle cómo pudo cogerla y me contestó que su hija le dijo dias antes, que detrás de la casa, y sobre una roca, habia un hombre embozado en una capa negra, el cual permanecía inmóvil. El buen hombre cogió la escopeta, dirigióse al sitio, y á cien pasos de distancia vió el gipaeto en una caverna, protegida contra los rayos del sol; hizo fuego sobre él, y de un balazo le rompió un ala por la articulacion del carpo. Herida el ave, echóse sobre el lado sano, y manifestaba su cólera abriendo el pico y erizando las plumas del cuello. Si se acercaba alguno, seguía con la vista todos sus movimientos, tratando de dar picotazos; y sujetaba fuertemente lo que una vez habia cogido.

»Comencé por cortar el ala al ave herida, operacion que la enfureció; mordía todo lo que alcanzaba, y servíase de sus uñas con destreza. Despues la puse con el gipaeto jóven, y al momento se echó sobre el suelo de la jaula. El pequeño dió vueltas á su alrededor, sin conseguir llamar su atencion; luego le presentamos carne y no tocó á ella; á la mañana siguiente se sostenia ya sobre sus patas, y al otro dia solté á las dos aves en el patio. El gipaeto viejo andaba con mesurado paso, pendientes las plumas de las nalgas, levantada la cola y el pico abierto, sin fijar al parecer su atencion en todo lo que le rodeaba. Habiéndole dado agua, acudió el mas jóven y comenzó á beber, y al verlo el otro, dirigióse tambien hácia la vasija, y apagó su sed con visible complacencia. Poco despues estaba ya mas contento, y tragó la carne que le pusieron en el pico, y que no habia querido antes; mas no tocó la de las aves, ni se pudo conseguir nunca que comiese el mas pequeño pedazo.

»Bien pronto se dispó su cólera: eligió en la jaula una prominencia de la pared y fijó allí su domicilio. Estaba todo el dia en el mismo lugar, sin hacer caso de lo que pasaba á su alrededor, y cuando se le ponía en el patio, apresurábase á volver á su sitio: al cabo de pocos dias pude acariciarle.

»Poco tiempo despues proporcioné á los dos gipaetos la compañía de una chova: no hicieron aprecio al parecer del recién llegado, y este no tardó en cobrar confianza y envalentarse; rechazaba á picotazos á los gipaetos cuando se acercaban á su abrevadero, sin permitirles llegar hasta que habia apagado su sed; tambien les quitaba los pedazos de carne que iban á comer. Las dos rapaces se sometían á tales exigencias, y esperaban, mirando con estúpidos ojos, hasta que la chova acabase de beber, avanzando luego tímidamente para hacer lo mismo. Parecia que aquellos gipaetos eran de índole muy afable: cuando estaban sobre la percha mas elevada de su jaula, podia yo pasar por debajo de ellos, sin que tratasen de hacerme daño, y aun el mas jóven se bajaba para prodigarme una caricia.

»Algunos dias despues recibí un águila leonada jóven, que tenia casi bastante fuerza para volar, y con ella dos pernopteros. Los gipaetos parecieron admirarse de ver á los recién venidos; pero no les hicieron ningun daño, y el jóven llegó á permitir, cuando se extendió en la arena, que uno de los pernopteros se posara sobre su lomo. Introduje luego entre ellos un seudaeto Bonelli, y desde aquel momento, quedó turbada la buena armonía para siempre.

»Sin embargo, esta última rapaz iba á tener un adversario digno de ella: trajéronme otro pernoptero y un gran duque; este último buscó al momento el rincon mas oscuro y tranquilo; sus compañeros le miraron largo tiempo con curiosidad, y acercándose el jóven gipaeto, contemplóle detenidamente, y quiso tocar con el pico el plumaje de su taciturno

compañero. El gran duque le descargó tan vigoroso golpe con su garra, que le dejó estupefacto, y la rapaz se retiró como admirada de aquel recibimiento tan brutal.

»Por la tarde se reunían todas aquellas aves en la percha: colocábase primero el águila leonada; á su lado el gran duque y el gipaeto jóven; despues el pernoptero, y en último término el gipaeto viejo: el seudaeto Bonelli no se posó nunca. Mientras yo estaba en la jaula, permanecían tranquilos, mas apenas salía, el gipaeto jóven comenzaba á molestar al gran duque, recibiendo fuertes golpes á cada tentativa de agresion. Sin embargo, no renunciaba á sus ataques hasta que el gran duque se resolvía á posarse en el suelo de la jaula, donde encontraba al seudaeto Bonelli. Entonces daba principio la lucha entre los dos prisioneros, los cuales se arañaban y arrancaban las plumas, mientras que las demás aves permanecían tranquilas contemplando la pelea.

»El color rojo no impresiona á los gipaetos, segun he podido asegurarme varias veces. Veíame á menudo con una bata forrada de colorado, y nunca parecían irritarse. Tampoco manifestaban ninguna inclinacion particular hácia los niños, como dice Crespon al hablar del gipaeto de Cerdeña. Cuando andaban sueltos por el patio pasaban á menudo cerca de los niños que jugaban, sin tocarlos nunca, ni dirigirles siquiera una mirada. Solo cuando se les irritaba se ponían furiosos; el jóven, sobre todo, era menos sufrido; pero su cólera se desencadenaba lo mismo contra las personas mayores que contra los niños.

»Por desgracia se hallaba expuesta la jaula á los abrasadores rayos del sol de España, á lo cual se debió probablemente que el gipaeto viejo enfermase y acabara por morir de una inflamacion de los pulmones: el jóven, los tres pernopteros y el seudaeto, conservaron su salud, y pude enviarlos á Alemania. En el camino padeció mucho el gipaeto por el calor, pues estaba siempre con el pico abierto, cual si necesitara aire fresco y agua; cada vez que se detenía el coche, pasaba la cabeza por entre las varillas de su jaula, como pidiendo de beber, y cuando satisfacíamos su deseo, nos dirigía una mirada de reconocimiento.

»En la travesía se granjeó muy pronto el cariño de todos los marineros, y recibió un alimento abundante de la cocina del buque. Se le dejó á menudo libre en el puente, y nunca hizo ademán de probar la fuerza de sus alas.»

De otros informes sobre la vida en cautividad del gipaeto barbudo, el de Girtanner es el mas instructivo, por lo cual le reproduzco á continuación en extracto. A fines de mayo de 1869, el individuo cuidado por mi amigo durante algunos meses fué cogido en el canton del Tesino en una trampa de zorra. El hierro se habia clavado en la pierna por el tarso, aplastando completamente el tendón del dedo posterior, y como no se hizo la curacion cuidadosamente, este dedo se habia doblado hácia adelante, de modo que el pié quedó cojo en parte. El ave, sana por lo demás, llegó al cabo de dos meses á manos de Girtanner y excitó bastante interés en una exposicion muy bien arreglada de aves vivas de Suiza, que yo visité. La rapaz se hallaba libre sobre un cajon acolchonado, y como todos los dias iban á verla centenares de visitantes, que la inquietaban y espantaban á cada momento, vivía en continuo sobresalto; no tomaba alimento delante de forasteros, respiraba rápidamente con el pico abierto, dejaba pendientes las alas y la cola de un modo poco agradable, y parecia por todo un ave enferma. Al principio erguíase al punto cuando se presentaba su guardian, cual si se preparase para la lucha; pero mas tarde no hacia ya caso de aquel.

«Al principio, dice Girtanner, erizaba contra mí las plumas de la nuca, presentando como una corona de rayos alrededor de la angosta cabeza; mirábame furiosamente, corriendo

con temor ó con ira de una parte á otra y adelantaba las alas con la intencion de dar picotazos, cada vez que me acercaba á poca distancia ó hacia ademan de tocarla, creyendo sin duda que debía defenderse. Pronto perdió, sin embargo, su desconfianza, gracias á un buen tratamiento; ya no erizó las plumas del cuello, y reconoció en mí su guardian. Oprimiendo mucho las plumas del cuello, de modo que este y la cabeza parecían muy pequeños, hasta dejó tocarse las plumas del cuello y del pecho.» Entonces pude examinar la pierna herida, y el ave tambien lo permitió, pero cuando el tratamiento le causaba dolor, dirigía algun picotazo á la mano, aunque sin herir. Sin embargo, solo consentió que Girtanner le curase; rechazaba á las personas extrañas apenas reconocía su intencion de tocarle el pié. Aun quince dias despues de estar en la exposicion conoció muy bien á su primer amo, tolerando de él todo cuanto permitía á Girtanner. Cuando estaba de muy buen humor dejaba á sus amigos rascarle la cabeza, inclinábala un poco y miraba hácia arriba con los ojos entreabiertos, produciendo un ligero silbido.

Muy pronto se estableció entre el ave y su amo una gran confianza y familiaridad. Solo cuando Girtanner asustaba al ave inflamábanse sus ojos; los anillos oculares adquirían un color rojo de sangre, aumentando de volúmen, y levantaba tambien las alas con ademán amenazador, al paso que preparaba el pico para descargar un fuerte golpe; pero algunas palabras cariñosas bastaban para tranquilizarle. Sin embargo, Girtanner tuvo ocasion de conocer la fuerza poderosa de sus diferentes armas. El exámen y el tratamiento del pié herido exigían á veces colocar al ave de espalda; pero esto era decididamente lo que menos le agradaba. Tan luego como veía hacer los preparativos necesarios para ello, su buen humor se convertía en furia mezclada de temor, y el naturalista y su auxiliar se veían obligados á defenderse con los puños de las garras y el fuerte pico. Al recobrar de nuevo su libertad, el ave abría las alas y el pico, distribuyendo ciegamente picotazos en todas direcciones; pero al fin volvía á tranquilizarse. Otra vez dió una prueba de su fuerza sin tener malas intenciones. Girtanner y su auxiliar estaban ocupados en fijar en el suelo una fuerte rama corva destinada á servir de percha, cuando súbitamente se oyó el ruido de sus alas y en el mismo momento los dos hombres recibieron un golpe de los ángulos de las alas que les hizo retroceder algunos pasos. Cuando ambos se hubieron recobrado, riéndose de su temor, vieron con asombro al ave posada en el mismo sitio donde se queria clavar la rama. Solo una vez y para defenderse atacó á su mismo amo, que al examinar la herida tocó probablemente alguna parte muy sensible. Con la rapidez del rayo, y produciendo un agudo silbido, dió un salto al aire, desplegó las alas y dirigió un fuerte golpe hácia la cara de su guardian, comunicando á sus duras rémiges un poderoso empuje. «Por suerte, dice Girtanner, no hizo uso de su pico ni de las garras, lo que tambien le era difícil en su posicion; en cambio, toda mi persona quedó cubierta por las plumas, que me rasparon la cabeza: entonces pude figurarme cuál habria sido mi situacion si en tal momento me hubiese hallado en un sitio peligroso de la montaña, cerca de un precipicio, donde mi adversario hubiera podido emplear toda su fuerza y su agilidad y donde el hambre le excitaria á repetidos ataques. En aquel instante no ví ni oí, y solo intenté ponerme lo mas pronto posible fuera del alcance del furioso. Ahora estoy bastante convencido de la fuerza de sus alas; conozco el zumbido aterrador y los pinchazos de las rémiges.»

Como sin duda estaba triste en su solitaria prision, alegrábase mucho y visiblemente al presentarse su amo, al que por

lo regular saludaba con un ligero silbido. Cuando se hallaba en el suelo elevábase en seguida á su percha para estar á la misma altura de su amo; tocaba con el pico la cadena del reloj, empujándola de un lado á otro; examinaba á su amigo, y manifestaba de mil maneras su buen humor. Si se le presentaba una paja, sujetándola con los dedos, tiraba de ella alegremente: agradábale mucho destrozar las cuerdas, y acudía presurosa apenas veía á su guardian hacer los preparativos para extenderlas entre las manos. Sabía servirse con mucha destreza de su pico, al parecer tan torpe: érale fácil, por ejemplo, recoger pedacitos de hueso ó de tuétano, del tamaño de un guisante, poniendo el pico de lado en el suelo; cogía los granos por las puntas y arrojábalos hácia la boca. Desgarraba en todos sentidos el fuerte acolchado de su cajón, sacaba la paja y entreteníase continuamente con ella.

No temía á los perros, ni tampoco estos al ave; pero cuando se le acercaban mas de lo que creía conveniente, dirigíales algunos aletazos y picotazos. En cuanto á los gatos, procedía con ellos exactamente del mismo modo indicado ya por Scheitlin. Girtanner tuvo la curiosidad de hacer él mismo la prueba. «Al fin, dice, entró uno de estos felinos en su aposento, cuya puerta cerré al punto sin dejarme ver. Apenas el gato divisó á su enemigo, del cual estaba no obstante separado por la reja, comenzó á maullar como nunca lo había oído antes, manifestando un terror mortal; casi paralizado por el espanto, arrastróse á hurtadillas por el suelo, hasta que, al fin, atreviéndose á dar un poderoso salto hácia una ventana abierta que se hallaba á bastante altura, desapareció sin volver la cabeza.»

Cuando ya no le dolió el pié, el gipaeto prefería las piedras al acolchado para posarse. Muchas veces permanecía largo tiempo inmóvil, en posición muy incómoda al parecer, con el cuerpo inclinado y la cabeza recogida, ó echada hácia atrás, ó bien tendida, en cuyo caso formaba una línea recta con el tronco y la cola. Girtanner había notado que le agradaba echarse de noche sobre la paja y por eso le puso una caja llena de este material; apenas la hubo colocado en la jaula el ave acudió presurosa y se acomodó con gran contento en el interior. Desde entonces descansaba todas las noches en la caja, apoyándose completamente en el esternon y los talones; colocaba la cabeza sobre el borde y dejaba la cola fuera. Cuando su amo quería trasladarle á otro aposento, seguiale de cerca, y si despues volvía á llamarla, acudía presurosa silbando alegremente. Delante de personas extrañas no se mostraba nunca tan familiar con su guardian. Bebia muchísima agua, y también procuraba bañarse, pero no le era posible lograr su fin, pues quería echarse del todo en el bebedero y su construcción no se lo permitía. Girtanner le mojaba de vez en cuando con una regadera, lo cual le agradaba mucho al parecer, pues extendía completamente sus alas, dejándolas luego secar al sol, mientras limpiaba y arreglaba su plumaje. Su alimento consistía principalmente en carne cruda de vaca, bastándole media libra para un día. Algunas veces se le daban conejos, gatos, marsopas, etc. Despreciaba siempre las aves; para matar los conejos poníales un pié encima, colocaba lentamente su pico en la cabeza y cerrábale dejando al pequeño animal sin vida. En todo esto procedía con la mayor tranquilidad sin mostrar instintos voraces ni sanguinarios. Siempre comenzaba á comer por detrás de las orejas; separaba despues el cuerpo de la piel y devoraba lo que le parecía, dejando siempre una parte. No se acercaba á la carne podrida; los huesos parecían serle tan necesarios como la carne, pero á todo prefería el tuétano. Devoraba pedazos de hueso casi del tamaño de un puño, cuando estaban llenos de esta sustancia, sin reparar que podía atragantarse; pero los despreciaba si estaban vacíos. Cuando tenía hambre

se atracaba también de huesos cocidos y secos, sin que los bordes afilados de las puntas le molestasen en lo mas mínimo. Cuando el buche estaba lleno al parecer, el ave hacia algunos violentos esfuerzos para tragar, revolviendo la cabeza, y entonces se podía oír distintamente el ruido que producian los huesos en el estómago glanduloso. Apenas se explicaba que sus delgadas paredes no se perforasen con las agudas puntas de los huesos. Despues de tal comida el ave se posaba tranquilamente; su estómago repleto sobresalía mucho, y á menudo respiraba penosamente con el pico abierto, mientras hacia la digestión. Algunos movimientos que hacia de vez en cuando durante la deglución, facilitaban el paso de los huesos, bastante descompuestos y reblandecidos, desde el estómago glanduloso al musculoso. Si por la noche había comido huesos, á la mañana siguiente arrojaba ya masas de cal bastante grandes, en parte compactas, de color amarillo gris; despues de comer carne, los excrementos eran líquidos, blancos, mezclados con una bilis negra y verde. Cuando había tragado muchos pelos, estos solian encontrarse en los excrementos de la siguiente comida de huesos, no digeridos, pero tampoco apelonados, sino dispuestos en forma de anillo en medio de los excrementos. Solo una vez, en el transcurso de medio año, y despues de haber devorado un gato, arrojó una bola. Cuando por comer demasiado aprisa se le atravesaban algunos huesos agudos en el esófago, arrojábalos sin tardanza, á menudo con grandes esfuerzos que le arrancaban gritos de dolor, y expeliendo por el pico una cantidad bastante considerable del jugo digestivo, casi incoloro y de un olor desagradable. Despues tragaba los pedazos mas cuidadosamente, y á las pocas horas tenia ya el buche blando; una libra ó libra y media de carne bastaba para llenarlo del todo.

A los ocho meses de cautividad, el gipaeto enfermó; apenas comía ya, y sus excrementos se reducían á una bilis de color verde oscuro; debilitóse cada vez mas; siempre estaba mustio; los ojos perdían su viveza; los anillos oculares palidecieron, presentando al fin manchas y fajas de un tinte amarillo rojizo, y á los quince días de su enfermedad murió. Al examinarle resultó haber sido la plétora la causa de su muerte.

Comparando las observaciones de Girtanner con las que se hicieron en otros gipaetos barbudos de Suiza, resulta que los individuos que se cogen pequeños se distinguen muy ventajosamente de los adultos. Estos últimos se muestran perezosos, estúpidos y tercos, y nunca se familiarizan con el hombre; mientras que los jóvenes son, no solo mucho mas ágiles, sino también mas inteligentes; familiarizanse antes con su amo, y por lo mismo se pueden hacer suposiciones mucho mas exactas sobre su manera de conducirse en libertad. Un individuo que Baldenstein cuidó durante siete meses conduciase poco mas ó menos como el de Girtanner, y cobró el mismo cariño á su amo. Así, por ejemplo, sabía indicar muy bien sus deseos de bañarse; nadaba con las alas y movía la cola en el suelo imitando tan bien todos los movimientos del ave que se baña, que Baldenstein buscó al punto una bañera llena de agua, donde el ave se precipitó en seguida, moviéndose en el líquido como antes lo había hecho en seco; sumergíase completamente en su baño y se mojaba del todo. Cuando Baldenstein provocaba demasiado á su ave, esta se preparaba para el ataque, por grande que fuera su familiaridad con el amo, y aunque reconociese que era su bienhechor. Cuando estaba sobre una mesa tenia la cabeza á la misma altura que la de su amo y los dos se divertían. El gipaeto rascaba á su amo con el pico en las patillas ó cubríale con la punta de su ala las mangas de la levita, dejando oír su familiar *gich*. Baldenstein á su vez podía acariciarle tanto como queria sin que jamás mostrase desconfianza. Con las personas extrañas conduciase de una manera muy distinta.



GRUPO DE VULTÚRIDOS